

Globalización y lucha por la hegemonía en el sector agrícola y alimentario

Guillermo Almeyra*

Los VIOLENTOS cambios económicos sufridos por la economía mundial, en general, y particularmente tanto por la economía de los países metropolitanos como por la de aquellos países que de éstos dependen y algunos de los cuales son calificados, con ironía involuntaria, de “emergentes”, han sido abundantemente expuestos por autores europeos y estadounidenses e incluso en la prensa, especializada o no. En cambio, la disputa por la hegemonía en el campo de la agricultura y de la industria alimentaria y las transformaciones que se están realizando en los sectores rurales de todos los países han sido menos analizadas y son menos conocidas, a pesar de la evidente importancia económica, demográfica y política que ellas tienen.

Este artículo tiene pues el objetivo –limitado en sus aspiraciones y en su tratamiento– de subrayar algunas de las características principales de la batalla que se está dando a escala mundial en torno a la mesa y a la formación de los hábitos de consumo, así como en los campos de todos los países. De ahí lo esquemático y somero de la exposición, que intenta sobre todo reflexionar sobre la nece-

sidad de discutir el problema básico de la producción de alimentos y, en el campo de los países latinoamericanos, la búsqueda de medidas de defensa contra las características más nocivas de la globalización en la agricultura, así como el estudio de posibles alternativas a corto y a mediano plazos en este sector vital, sin el cual no hay desarrollo posible.

LA GLOBALIZACIÓN (O MUNDIALIZACIÓN)

Como punto de partida podemos hacer propia la definición de Zaki Laïdi según el cual la globalización sería “un movimiento planetario en que las sociedades renegocian su relación con el espacio y el tiempo por medio de concatenaciones que ponen en acción una proximidad planetaria bajo su forma territorial (el fin de la geografía), simbólica (la pertenencia a un mismo mundo) y temporal (la simultaneidad)”.

Las fronteras se han tornado porosas y han sido superadas por el movimiento de las mercancías y de los capitales y las decisio-

*Profesor-investigador de la Maestría en Desarrollo Rural de la Universidad Autónoma Metropolitana. Unidad Xochimilco.

nes económicas fundamentales (con todo lo que esto tiene como consecuencias políticas) actualmente se adoptan en el ámbito internacional y sobre todo en las sedes del capital financiero y no en el nacional y en los organismos de mediación, como los parlamentos o los aparatos estatales, que en el pasado tenían la voz cantante en este terreno.

La pérdida de funciones y atribuciones del Estado en la defensa de su moneda, en la determinación de sus políticas fiscales o monetarias para equilibrar el desarrollo y en la defensa de los productos nacionales en el mercado mundial, ha provocado no sólo una brutal transformación en la relación de fuerzas entre los Estados (grandes y fuertes o pequeños y débiles) y el capital financiero y las grandes corporaciones multinacionales sino también una transformación en aquéllos y la fusión entre los intereses de una parte importante del capital nacional y de sus representaciones políticas con los de los últimos, desvalorizando así la política nacional como arma para plasmar la economía.

Los Estados, por supuesto, no dejan de existir, porque el capital realiza sus ganancias en un territorio concreto y aprovechando las diferencias en la tasa de ganancia que existen entre los distintos países, y también porque, para ello, necesitan la política, es decir, que una parte importante de las poblaciones internalicen y acepten o hagan suyas, fatales, las nuevas relaciones socioeconómicas que les son impuestas. Pero esos Estados, como actores sociales y políticos, tienen un papel subordinado en la negociación con un capital financiero internacional que los utiliza (pues no hay ni habrá la posibilidad de crear un Estado mundial único que represente la unificación del mercado y la lucha por la convergencia económica y cultural) pero que los sobrepasa, subordina y malea.

La concentración cada vez mayor del poder económico en manos de grandes corporaciones multinacionales, que se entrecruzan y fusionan y que son mucho más poderosas que la gran mayoría de los Estados (y sólo utilizan a las principales potencias en función de sus necesidades de apoyo financiero, social y militar, pero también modifican profundamente los Estados que son su principal sostén), reduce crecientemente los márgenes de la democracia y la hace residir cada vez más en el territorio, ante el desgaste de las fronteras, la unificación de los mercados, el debilitamiento de las representaciones e instrumentos tradicionales de la soberanía. Tal efecto conduce a la fragmentación territorial en micro y macrorregiones y en sectores autónomos, que debilitan su centralización respecto al poder central nacional mediante un proceso caracterizado por una nueva centralización con los poderes transnacionales o por una creciente autodeterminación municipal o regional que es portadora de la posibilidad de la autonomía política y de la autogestión económica. Hay así una tendencia doble: a la convergencia económica y política más allá de las fronteras y, al mismo tiempo, a la construcción molecular, desde abajo, de micromercados, micropoderes regionales, microrrealidades semiestatales que no son un retorno al pasado o a la anarquía sino una expresión deformada y transitoria de otra modernidad, democrática en este caso.

A la desterritorialización de la economía se opone pues otra territorialidad y a la convergencia y la tendencia a la homologación del mercado y de la cultura y a la pérdida de las identidades, se opone una contratendencia a la universalización de los particularismos y a la construcción tenaz de otras identidades. Al mismo tiempo, el Estado se desgasta

“por arriba” (debido a su dependencia del capital financiero internacional) y “por abajo” (debido a las nuevas relaciones de fuerza que surgen entre él, ya debilitado y con un consenso reducido, y la sociedad y a las nuevas relaciones entre los diferentes sectores sociales que resultan de un remodelamiento del cuerpo social, del empobrecimiento que se generaliza, de la polarización social, de la generalización de la inseguridad y de las insatisfacciones).

Por lo tanto, se reduce la autonomía del Estado como actor político y económico y, en general, la autonomía misma de la política al mismo tiempo que, dado que la política depende cada vez más de la economía, ésta se politiza y aparece ante todos no como una fuerza natural (como pretenden presentarla los fundamentalistas del librecambio) sino como una decisión política que tiene efectos irreversibles, como la inserción en el mercado mundial, pero que es modificable en sus modos de ejecución si cambian las relaciones de fuerza entre las clases y los sujetos de la vida política a nivel nacional e internacional.

La mundialización no es sólo económica sino que también tiene importantes aspectos culturales. Por un lado, rompe los pactos fundadores tácitos entre la sociedad y el Estado y le quita legitimidad no solamente al aparato estatal (sus órganos de control y represión) sino también al Estado mismo, es decir, a esa relación social interiorizada en las cabezas de los pobladores del marco histórico en el cual éste actúa. El mercado mundial pretende imponerse como única legitimidad posible, pero el espesor de las tradiciones políticas, sociales e históricas, le impiden hacer tabla rasa en la conciencia de los diversos pueblos. Surge así la tendencia, sea a reforzar las viejas identidades (la tendencia al re-

gionalismo, al etnicismo, por ejemplo) como la tendencia a constituir identidades nuevas y superiores, resultantes de una abstracción pero que adquieren gran peso político y económico (por ejemplo, el identificarse a sí mismos no como huicholes o tarahumaras, tzotziles o tojolabales sino como “indios” o incluso “pobres”, “oprimidos”). El funcionamiento del mercado pasa pues por nuevas mediaciones no reglamentadas ni institucionalizadas tras haber semidestruido las barreras de los viejos órganos de mediación (Estado, parlamentos, sindicatos). Enfrenta por consiguiente la resistencia arraigada del sustrato más profundo del sentimiento nacional, que es el que dio nacimiento a cada país específico.

En la fase actual, por supuesto, la acción disolvente de la globalización o mundialización se ve favorecida por el efecto brutal de ruptura producido por todas las rutinas e ilusiones estatistas que caracterizaron tanto al mal llamado “socialismo real”, ese totalitarismo de mercado, como al keynesianismo de la socialdemocracia europea, del régimen estadounidense a partir del *New Deal*, de los partidos y gobiernos distribucionistas y con apoyo popular que buscan reforzar los sectores nacionales del capital y el mercado interno. Como esa adoración del Estado caracterizó tanto a las izquierdas tradicionales como a los fascismos, pasando por todos los otros regímenes intermedios, y ocupó la vida de tres generaciones, es lógico que el triunfo de la globalización, a partir de los años ochenta y, después, el derrumbe del Pacto de Varsovia, haya tenido un gran impacto en la conciencia mundial. Los efectos de esa transformación traumática aún se sienten porque la desilusión es proporcional a las ilusiones anteriores sobre el papel del Estado en el desarrollo y para la regulación social.

Además, aunque no es demasiado difícil perder las esperanzas ciegas en el Estado paternalista, en cambio no es nada fácil construir un elemento fundamental de la identidad que es el reconocimiento no sólo de los posibles aliados sino también el conocimiento y el reconocimiento del enemigo. Para un obrero era antes posible reconocer a éste en su patrón, manifestar ante la cámara empresarial del ramo del mismo o ante el poder local para que mediase. Ahora, cuando la fábrica se va a otro país o cierra a causa de la política del FMI y ni siquiera el parlamento tiene cartas en el problema, ¿contra quién actúa o manifiesta? Para un campesino, la lucha contra el cacique, el usurero o el intermediario era clara pero cuando debe enfrentar la introducción de semillas transgénicas por parte de la Monsanto o la fijación de un precio del maíz menor al del que él produce, debido a las subvenciones que da Estados Unidos a su agricultura ¿dónde y contra quién debe manifestarse?

Eso, sin duda, junto con la agresión del mercado, que anula muchos de sus proyectos productivos, explica la confusión reinante en las organizaciones campesinas y la disminución de los movimientos en ese sector, con la excepción, precisamente, de los movimientos étnicos, que son potenciados por la mundialización.

Como parte fundamental de la globalización es la dislocación territorial de las empresas si así les conviene y la competencia exacerbada entre los trabajadores de una y otra región y entre diversos países que ofrecen sus territorios en competencia con los demás, basándose en los menores costos salariales, en la flexibilidad y sumisión de su mano de obra, en su carencia de regulaciones fiscales o ambientales, cuando no en la corrupción de sus apa-

ratos de control, resulta difícil contrarrestar estas tendencias en lo inmediato y sólo desde la propia región o localidad.

Además, mientras el tiempo y el espacio de los campesinos siguen siendo los tradicionales, la globalización ha cambiado el tiempo y el espacio del capital y de los sectores y clases que lo sirve, pues los nuevos medios de comunicación suprimen las diferencias horarias, permiten transacciones durante las 24 horas y en tiempo real y ponen a cada región y cada país al alcance del especulador, del empresario o del estratega. Todo se hace inmediato y eso anula los proyectos a largo y medio plazo y acelera el caos.

¿Qué relación tiene todo esto con la hegemonía alimentaria y con la situación de la agricultura y del mundo rural? En primer lugar, la mundialización ha cambiado la geografía y no sólo países sino también partes enteras de grandes continentes han perdido su lugar en el comercio mundial de productos agroganaderos, en la medida en que los países metropolitanos se han hecho grandes productores de sustitutos de los mismos o incluso de productos tropicales y, en general, grandes exportadores de alimentos cárnicos o agrícolas.

En segundo lugar, ha cambiado la composición demográfica y el paisaje rural, con las enormes migraciones internas y fuera de las fronteras o con el monocultivo allí donde el campesino cultivaba tradicionalmente muchas variedades. Los efectos ecológicos de este proceso, que va unido a la utilización masiva de agroquímicos, son gigantescos y no tienen precedentes. Como la reglamentación del uso de los agroquímicos o de las emisiones de gases, o del desperdicio y privatización del agua, o de la destrucción de los recursos fitogenéticos se opone a la filosofía del libre mercado y a la rapiña como forma de

aumentar la tasa de ganancias, las grandes corporaciones y los Estados que las apoyan se niegan a aplicar las resoluciones internacionales (como la de Río, la de Buenos Aires, la de Tokio, etcétera). Dado que la emigración es trabada por las leyes antimigratorias (que impiden el juego de la oferta y la demanda en el caso de la mano de obra, que no puede ir a los mercados con mejores salarios y condiciones más dignas) hay una continua degradación y empobrecimiento de los sectores rurales, ya que la urbanización se ve también frenada por la caída del mercado interno que acompaña regularmente el aumento de las exportaciones (a cargo de transnacionales que explotan tanto el suelo como las pésimas condiciones salariales).

Por último, es evidente que en este mercado oligopólico controlado mundialmente por menos de 200 empresas, no hay regulación y menos aún una hegemonía única y permanente sino un proceso de permanentes cambios en las relaciones de fuerza intertrusts y, por consecuencia, entre Estados Unidos, Japón y la Unión Europea.

ESTADOS UNIDOS Y EUROPA

Actualmente se está librando la guerra económica entre la Unión Europea que no acepta tratamientos hormonales para el crecimiento de los bovinos, y Estados Unidos que pretende exportar carne inflada y crecida a velocidad antinatural. Esto se produce en el mismo momento en que los gobiernos europeos se someten a la imposición estadounidense y bombardean a otros europeos en los Balcanes como miembros subordinados y disciplinados de la Organización del Tratado del Atlántico Norte. Evidentemente, el sector ga-

nadero pesa mucho más para Francia, Alemania y Holanda que la montañosa península de los Balcanes (además, pequeña pero eficiente competidora en carnes y granos).

Si bien las compañías se entrecruzan independientemente del país de origen (la británica *Unilever*, la francesa *Danone*, la suiza *Nestlé* y la estadounidense *Philip Morris* compraron la *Kraft* y la *Jacobs Suchard* para formar una sola división alimentaria), los intereses de la Unión Europea disputan desde hace rato la hegemonía agroalimentaria a los de Estados Unidos primero en el difunto GATT y ahora en la OMC (Organización Mundial del Comercio, que sustituyó a aquél). La lucha se da también en el terreno de los países afrocaribeños integrantes del Pacto de Lomé y, por supuesto, por el control de los inmensos recursos potenciales rusos y ucranianos.

Sin embargo, este oligopolio mundial (los 100 grupos más fuertes controlaban ya en 1993 el 32 por ciento del comercio total de alimentos y 20 de ellos han dirigido todas las reestructuraciones) no coincide completamente con los Estados (o grupos estatales) ya que está compuesto por diversas combinaciones de alianzas y cooperaciones entre capitales y empresas de ambos lados del Atlántico (los grupos japoneses participan menos en este sector).

Por otra parte, las grandes empresas agroindustriales tienden a diversificar y ampliar sus intereses, controlando grandes cadenas de distribución así como grupos químicos, farmacéuticos y biotécnicos. El grupo farmacéutico *Sandoz*, por ejemplo, absorbió a *Gerber*, gran productor de alimentos para bebés.

No hay una hegemonía indiscutida de Estados Unidos en el campo alimentario mundial. Ese país controla, en efecto, sobre todo

el comercio cerealero (es el principal exportador de granos), pero cede el paso a Europa en carnes, bebidas, lácteos y productos elaborados y, mientras la Unión Europea controla parte del mercado asiático, el mercado mediorientado y el africano, Estados Unidos lo hace en el caso del mercado japonés y del latinoamericano y encuentra grandes dificultades para competir con los europeos en el Viejo Continente, incluyendo en éste a Rusia que es un ambicionado y apetecible mercado potencial.

Además, la hegemonía estadounidense se ha ido deteriorando no sólo porque la economía del país más endeudado del mundo depende fundamentalmente del flujo constante de inversiones japonesas y europeas, en industrias y en Bonos del Tesoro, sino también porque sus competidores le han ido quitando partes sustanciales del mercado mundial. Así, si Estados Unidos controlaba antes de la reconstrucción europea, en 1950, el 70 por ciento de dicho mercado, en 1980 su parte en el mismo se reducía al 34 por ciento y, en 1990, al 26 por ciento.

La disputa entre dos agriculturas que dependen fundamentalmente de la renovación tecnológica en el campo de las maquinarias y aperos, de los instrumentos de todo tipo, del transporte, los métodos de control y contabilidad, la distribución y el mercadeo, las comunicaciones en general, las investigaciones científicas y biogenéticas, de los productos químicos y biofarmacéuticos y de una posición monopolista en el mercado, para imponer marcas, presentaciones, precios, gustos y productos, es incesante y se hace también a costa de los sectores agrícolas tradicionales, que sobreviven en los países dependientes.

Es evidente que en estos países del llamado Tercer Mundo hay sectores del Primer

Mundo cuyos patrones de consumo corresponden a los de los países metropolitanos y que en éstos, a su vez, todavía hay bolsones tradicionales con campesinos, y no agricultores, y productores que no se han transformado sólo o principalmente en consumidores de los grandes grupos agroalimentarios y que se obstinan en producir su vino, sus quesos, sus fiambres, sus animales de corral, para mercados locales o para las brechas que existen en el mercado global. En este sentido, más que de países o continentes habría que hablar de sectores sociales predominantes en los mismos y que están siendo moldeados por la lucha por la hegemonía no sólo entre dos grandes bloques sino también entre dos grandes modelos, el tradicional y el capitalista moderno.

LOS EFECTOS DE LA GLOBALIZACIÓN EN EL CAMPO LATINOAMERICANO

Los efectos de la mundialización han sido terribles en el sector rural latinoamericano. La caída de los precios ha ido acompañada por un deterioro constante de las relaciones de intercambio de modo que los insumos de todo tipo, que son importados, aumentan incesantemente sus precios relativos con relación a los de los productos agrícolas que nuestros países exportan. Como el modelo agrícola, desde la revolución verde, requiere grandes cantidades de productos químicos (fertilizantes, desherbantes, insecticidas) y éstos cuestan cada vez más; al mismo tiempo la caída de los precios de los productos locales y los desastres ecológicos hacen cada vez más difícil contar con los fondos necesarios para mantener una agricultura o una ganadería competitiva con la de las grandes po-

tencias agroganaderas, dichos productos son cada vez menos utilizados y la brecha en la productividad entre los diversos modelos agrícolas crece constantemente.

Eso significa, en pocas palabras, que mientras en Europa y Estados Unidos los *farmers* o campesinos ricos se transforman en un puñado de empresarios rurales o agroindustriales, con fuerte peso en el cabildeo político, en nuestros países la mayoría de los campesinos se pauperiza y pierde peso económico y político mientras el campo se despuebla, no como resultado de la concentración productiva capitalista sino de la emigración de los desesperados (y sólo en muy pocos casos de la concentración monoprodutiva y anti-ecológica de la tierra para cultivar productos para el consumo de lujo extranjero, como fresas, flores u hortalizas fuera de estación o para criar vacas cuya carne de escasa calidad sirva para la industria conservera de Estados Unidos). Países que siguen siendo, a pesar de la urbanización, fuertemente dependientes de los sectores rurales, se ven obligados así a importar alimentos, como sucede incluso en el caso de la escasamente poblada Argentina o en el del inmenso Brasil.

México, por su parte, como resultado sobre todo de la destrucción de la agricultura de subsistencia, de las migraciones, la urbanización y los desastres ecológicos resultantes del abandono de la tierra, pasó de ser un país autosuficiente en materia alimentaria durante la presidencia de José López Portillo, cuando el Sistema Agroalimentario Mexicano (SAM), a convertirse en un país importador de alimentos, pues ha perdido su soberanía y suficiencia alimentaria, al extremo de tener que importar más de un tercio de los granos que consume (en 1998 tuvo que importar 14 millones de toneladas de cereales). Se calcu-

la que en el 2010, con una población que se estima llegará a 112 millones de habitantes, deberá importar para alimentarla más de 25 millones de toneladas y, en el 2020, si dicha población llega a 134 millones, deberá importar más de 30 millones de toneladas, o sea, más de 4 veces lo que importó, en promedio, en un año bueno de este fin de siglo.

Es innecesario destacar los peligros políticos implícitos en la dependencia total de un solo mercado en el caso de los hidrocarburos, que son un recurso escaso, mal pagado y no renovable y, al mismo tiempo, del mismo mercado en el campo estratégico y vital de la alimentación y de los productos e insumos de todo tipo necesarios para la producción de alimentos.

Por otra parte, si el desarrollo de China mantuviese un ritmo acelerado (aunque cayese a la mitad del excepcional 8-10 por ciento anual de la última década), la presión sobre la demanda de cereales sería inmensa y los precios de los mismos subirían, para ventaja de los grandes bloques exportadores y neta desventaja para los importadores, que son la mayoría y entre los cuales se cuenta México. Es evidente la importancia estratégica de la lucha, en los países del llamado Tercer Mundo, por reducir su actual dependencia alimentaria.

¿HAY ALTERNATIVAS PARA LOS CAMPEBINOS?

La globalización significa también turbulencias financieras, libre juego mundial a la especulación, falta de control en el mercado de capitales y, por ende, crisis del sistema financiero de los países, reducción del crédito en condiciones no usurarias al campesino, dismi-

nución del papel de sostén y de fomento de la producción rural por parte del Estado. Los campesinos y los pequeños y medios productores agroganaderos se ven agredidos a la vez por la desprotección del mercado para sus productos y por la carencia de apoyos técnicos y crediticios. Deben contar con sus propias fuerzas y no pueden participar en los cambios veloces que se producen en los mercados y en las técnicas de producción. La llamada nueva revolución verde propuesta por la FAO en materia de semillas más resistentes a la salinidad, a las plagas, a la sequía, para aprovechar mejor las tierras marginales, no les puede llegar por falta de recursos. Deben pues combinar, por razones de seguridad y de supervivencia, una economía de resistencia con estrategias que incluyen la búsqueda de fuentes de ingreso extraagrícolas. Pero la migración depende de los factores climáticos (las sequías o las inundaciones la impiden o reducen), de la política antimigratoria de Estados Unidos que pretende exportar sus productos sin traba alguna pero se niega a importar la mano de obra que, sin embargo, necesita, del desarrollo de la economía interna (sobre todo en la construcción) y de la reducción de hecho de las distancias mediante la creación de caminos y la disminución del tiempo y costo de los transportes, lo cual exige fuertes inversiones estatales. La producción y venta de artesanías, a su vez, depende sobre todo del nivel de vida de las capas urbanas nacionales y, en los mercados internacionales, de la competitividad de países con vieja cultura artesanal y precios sumamente bajos de la mano de obra, como la India o China, incluso Filipinas. La idea según la cual es posible exportar para llenar las brechas del mercado con frutas, flores y hortalizas tropieza con el hecho de que existen

reglamentaciones en los países importadores y, además, la presencia simultánea de muchos exportadores similares tiende a hacer caer el precio de dichos productos, sin contar con que los mismos mantienen precios de producción bajos porque es sumamente bajo el costo de los recursos (sobre todo el agua) que utilizan, aunque los mismos sean escasos, y es muy bajo el precio de la mano de obra y son pésimas las condiciones sanitarias y de trabajo en esas plantaciones, todo lo cual afecta duramente a los países exportadores.

Atrapados en esa situación aparentemente sin salida, los sectores rurales, en todos los países, buscan a la vez enfrentar el grave problema del crédito y de los bancos y encontrar opciones locales de mercado o luchar por soluciones políticas (el movimiento de los "Sin Tierra" en Brasil, los sucesivos y continuos movimientos de pequeños y medios productores o de cooperativistas en la Argentina). También en el campo tienden a nacer nuevas solidaridades locales y a politizarse los conflictos. Pero lo local, lo "pequeño" no es "bello" por fuerza si no puede extenderse y formar parte de una solución general, la cual depende, fundamentalmente, del cambio de la política del *market first* por la del *people first*, o sea del abandono de una política que privilegia absolutamente la ganancia de las grandes empresas agroalimentarias, importadoras o exportadoras sin preocuparse por los costos sociales, que corren a cargo de las comunidades, para adoptar, en cambio, una política de ampliación del nivel del vida y del mercado interno y de solidaridad social. Parte de la solidez de Europa en su competencia por la hegemonía agroalimentaria con Estados Unidos se basa, precisamente, en el mantenimiento a toda costa del mercado interno

y del poder adquisitivo de sus campesinos, incluso marginales, mientras la economía estadounidense busca precios muy bajos de los productos importados sin tener en cuenta la reducción del poder adquisitivo y de las condiciones de vida de quienes los hacen crecer y los llevan al mercado.

La globalización tiene como característica principal el desarrollo de las interrelaciones y las interdependencias entre los países, que no son ya ladrillos yuxtapuestos en el edificio de la comunidad internacional (si es que alguna vez fueron en realidad esas piezas independientes). Pero interdependencia no es sinónimo de *esta* interdependencia actual que aprovecha a fondo las desigualdades económicas y políticas para sacar el máximo de ganancias en situaciones particulares de modo de compensar la incapacidad para extender el mercado mundial.

Globalización significa también creciente desconocimiento de la multilateralidad, lo cual se expresa en el papel cada vez menor de las Naciones Unidas y de todas las organizaciones reguladoras. Todos los pueblos y los países menores están siendo despojados de su derecho a pesar sobre las decisio-

nes económicas o políticas que los afectan, y la comunidad internacional en formación está siendo disuelta por la concentración del poder de decidir en manos de unas 200 empresas oligopólicas que hablan de libre mercado.

Puesto que la economía nacional o mundial es una relación entre seres humanos y no una ley divina, la solución, en ambos ámbitos, es política pues si bien no se puede prescindir del mercado éste debe estar subordinado a su fin, que es facilitar la satisfacción de las necesidades y no asegurar las ganancias de unos pocos a costa de todos los demás.

Es necesario, por lo tanto, organizar una discusión nacional sobre el problema de la agricultura y, de modo más general, el de los sectores rurales y del territorio, no solamente desde el punto de vista de las ventajas comparativas en el intercambio comercial sino desde el punto de vista social, ecológico, político, productivo para reducir los costos humanos, los costos sociales del Estado, los costos futuros en destrucción del ambiente y de los recursos humanos y sentar una base sólida para el desarrollo nacional.



"Leyes de Reforma". Linoleum